

Novidades literarias a examen: seis libros que merecen un lugar en tus estanterías

Repasamos algunos títulos llegados a las librerías en enero (y un poco antes) en la primera entrega de una serie irregular en la que iremos comentando la mejor mercancía libresca

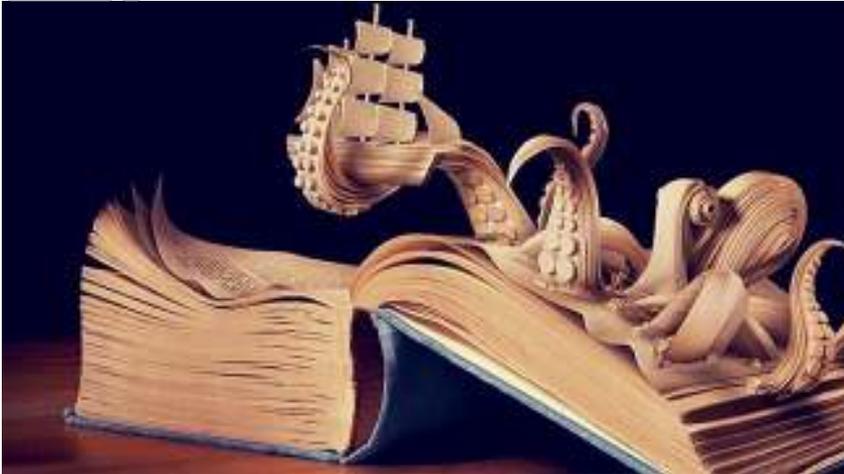
Por: [Javier Blázquez](#), viernes 24 de enero de 2014

Me gusta 14

Twitter 6

g+1 0

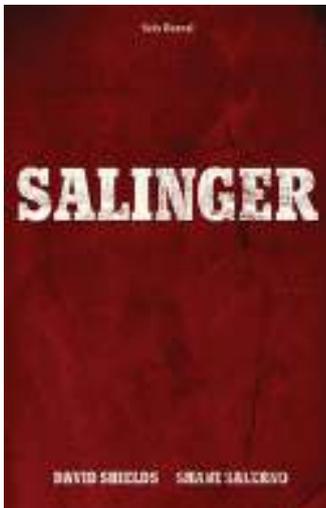
Meneame 0



Vamos a hablar de libros, pero en serio. Aquí van varias recomendaciones de novedades (algunas recientes, otras fresquísimas) pensadas para satisfacer la voracidad de lectores exigentes, sin corsés estilísticos: desde relatos de fantasmas y terror moderno al vacío hipster, de la biografía de Salinger a un paseo por reinos fantásticos alucinantes.

‘Todo está en los libros’, decía la sintonía de *“Negro Sobre Blanco”*, el mítico programa de Fernando Sánchez Dragó en Televisión Española sobre hombres de letras y sus obras. Desgraciadamente, todos los libros no caben en esta columna -de periodicidad irregular; igual te encuentras otra mañana, como dentro de un mes, o nunca más (es broma)-, así que hemos tenido que hacer una severa criba hasta dejarlos en seis, en base a gustos particulares. Eso sí, sin descuidar la calidad y/o interés de varios volúmenes recién llegado a las librerías, o aterrizados hace poco, que merecen un lugar en tus estanterías si tu interés, tu bolsillo y tu espacio utilizable te lo permiten. No son baratos, pero hay más miga que en un pan de payés.

David Shields & Shane Salerno: “Salinger” (Seix Barral)



Hasta ahora, todos los intentos por escribir una biografía completa de Salinger habían resultado en un estrepitoso fracaso, con **“En Busca de J.D. Salinger”** de Ian Hamilton como ejemplo más sangriento: el título, que acaso hiciera referencia a la divertida biografía de A.J.A. Symons sobre el Barón Corvo (de quien tuvo que reconstruir su vida entera sin conocer al escritor, muerto unos 20 años antes), es a la vez un resumen de la meta conquistada, que fue ninguna. “En Busca de J.D. Salinger” era la crónica de una persecución frustrada, básicamente porque Salinger nunca habló, no lo hizo casi nadie de su entorno, y lo más a lo que pudo llegar Hamilton fue a una exégesis de su obra, una recolección de datos de dominio común y mucha especulación. En ese sentido, **“Salinger”** de David Shields y Shane Salerno consigue llegar más lejos, aunque quien espere de esta voluminosa historia oral del autor de **“El Guardián entre el Centeno”** la biografía más completa y esclarecedora del misterio del eremita también corre el riesgo de llevarse alguna frustración. Al fin y al cabo, Salinger siempre fue un muro impenetrable que no parece haberse reblandido demasiado tras su muerte en 2010.



Porque aunque éste es el recorrido biográfico y psicológico más completo que existe y posiblemente existirá, resultado de diez años de tenaz investigación escrutando documentos desclasificados del ejército, de conversaciones con familiares y amigos de Salinger que consintieron en hablar sólo tras la muerte del escritor, del repaso de diarios y papeles dispersos, lo que falta es la voz del propio Salinger, que se la llevó a la tumba a la espera de que los textos inéditos hallados en su casa aporten nuevos elementos de juicio y perspectiva. Así que Shields y Salerno llegan hasta donde pueden, que es lejos, pero en absoluto el final del camino. De mientras, el espectro salingeriano se amplía con revelaciones satisfactorias: resulta que nunca fue un recluso como afirma la leyenda (sustentada por la mítica imagen en la que parece querer atacar con el puño a un fotógrafo), sino que llegó a tener una vida social más que saludable, un círculo íntimo de amigos y una dedicación espiritual a la doctrina hindú del vedanta que calmó sus heridas psicológicas a la vez que apagaba su fiebre literaria. Pero a la vez escribió continuamente -como bien explicó su amante Joyce Maynard en sus memorias-, y existen libros completos, las sagas de los Glass y los Caulfield, que deberían empezar a publicarse entre 2015 y 2020.

De todo esto, que hasta entonces sólo eran suposiciones basadas en fuentes parciales y en la teoría del bunker -un espacio de reclusión absoluta en casa de Salinger dónde se encerraban él y su obra-, Shields y Salerno consiguen extraer pruebas en forma de fotografías, confesiones y visitas, para que al concluir el libro, al más puro estilo Rashomon -reconstrucción del uno a partir de los muchos sin que el protagonista hable, como en **“Ciudadano Kane”**-, Salinger salga mucho más humano, misterioso y genial que al comenzar. Es cierto que no se resuelven todos los enigmas, pero cualquier fan de Pynchon daría un brazo por que del viejo Thomas se escribiera una biografía tan amena, poliédrica y vertiginosa como esta. Podría ampliarse con datos, pero superarla en la forma va a ser difícil.

Tao Lin: **“Taipéi”** (Alpha Decay)



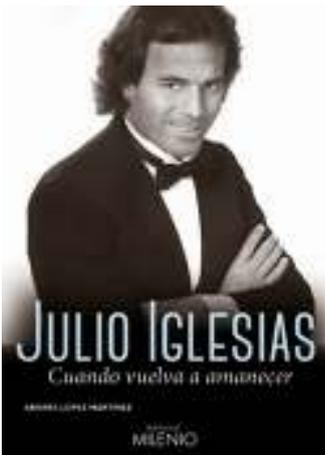
“Taipéi” es una novela mejor que **“Robar en American Apparel”** y **“Richard Yates”**, pero no es en absoluto distinta. Tao Lin está mejorando con el tiempo en capacidad de penetración psicológica y en la que es su gran especialidad, conseguir que su literatura se aproxime al cero absoluto en la temperatura de la inacción. Una vez más, aquí no pasa nada, y la gracia está en que así sea para dar una sensación de absurdo y de vacío, de aproximación nihilista al mundo occidental del siglo XXI. Pero aunque **“Taipéi”** es mejor que sus dos novelas anteriores, Tao Lin corre el riesgo de enjaularse en una dinámica que será difícilmente tolerable en el futuro si persiste en calcarlo sin pudor. Aquí estamos ante Paul, que bien pudiera ser una versión exageradamente adicta y desesperadamente inactiva del propio Tao Lin, un escritor pujante que no acaba de estallar en popularidad y que no termina de encontrar un lugar en el mundo. Incapacitado para relacionarse con normalidad en los planos afectivo y social, deambula como un autómatas por ese cliché de la Nueva York bohemia que hemos conocido siempre a través del artículos del Village Voice y diversas novelas generacionales de tercera categoría, atiborrándose de calmantes, viviendo en una nube de olvido, comunicándose de manera primitiva por chats, incapaz de tener una conversación mínimamente profunda con nadie. A lo lejos está la amenaza de Taipéi, la capital de Taiwán, la patria de los ancestros, allí donde sus padres se han retirado a vivir, y que es la metáfora del destino ominoso que le espera si fracasa en su intención de hacerse con un lugar de privilegio en la literatura. Mientras Nueva York es el presente a la espera de la catástrofe, Taipéi es el destino de los fracasados.

"Taipéi funciona como interesante lente de aumento para observar a las bacterias en su hábitat y en su comportamiento inmóvil"



La literatura de Tao Lin causa un doble efecto. Por un lado, resulta magnética en el sentido de que consigue atraer al lector a un pozo negro de desidia: para los que crean que los modernos son una especie de microbios que no dan un palo al agua, subsisten de manera misteriosa con cuatro perras en apartamentos dignos y sacan dinero no se sabe de dónde para comprar todo el alcohol, los libros y las drogas del mundo, “Taipéi” funciona como interesante lente de aumento para observar a las bacterias en su hábitat y en su comportamiento inmóvil. Por otro, es una manera de reaccionar ante esa misma bohemia esterilizada de ideas y empuje, de toparse ante una realidad que puede entenderse como sintomática de la decadencia de los valores y el vigor de occidente: dan ganas de entrar en el libro, agarrar por las solapas al protagonista, arrinconarle en cualquier comercio de cupcakes de Brooklyn y gritarle que reaccione, darle dos manotazos para que salga de su apatía. Comparar a Tao Lin con Samuel Beckett es aproximado, pero fuera de proporción: la calidad de escritura, la riqueza de pensamiento y la penetración en la herida del mundo es infinitamente más profunda en Beckett. Compararle con Douglas Coupland es también una manera de rescatar al canadiense, que salvo la suerte de dar con la idea de la Generación X debería estar ya condenado a un lento olvido. Entre medias de ambos, Tao tiene futuro en la literatura porque le sobra talento y capacidad de construir metáforas vívidas, pero tendrá que ampliar su baraja de ideas para no caer en una autoparodia constante. Ahora mismo pende de una línea: a un lado, su talento; al otro, el precipicio.

Andrés López Martínez: “Julio Iglesias. Cuando Vuelva a Amanecer” (Editorial Milenio)



Salvo los fans fatales, como podrían serlo Alfonso Arús o Teresa Berengueras aka ‘Terebere’, que admiran y sienten de manera genuina la música de Julio Iglesias, al autor de “Hey” el resto de los mortales lo veneramos por su dimensión popular más allá de las canciones. Nos atrae la celebridad, el lujo, el glamour, lo freak; reconocemos más al Julio de las entrevistas, las imitaciones y los tics compulsivos en sus actuaciones en directo -el micro restregado por la pernera, las dos palmas juntas mirando al cielo mientras le cae el sudor por la sien, el ‘whea!’- que a la persona. Con Julio Iglesias se ha dado un maltrato biográfico en lo que sería la pura literatura musical: aunque haya sido el Sinatra latino en números y alcance global, su registro vocal mermado ha hecho que muchos no se lo tomen en serio como músico, sólo como metáfora del éxito a escala absoluta. Y eso es lo que Andrés López Martínez, periodista metódico que tiene en su currículum desde una biografía de ABBA a la historia del heavy metal en España, ha evitado a toda costa en “**Cuando Vuelva a Amanecer**”, un libro que se pretende una biografía exacta y exhaustiva de Julio Iglesias la persona, pero también Julio Iglesias el cantante superventas. Quien busque un libro freak, que acuda -ironía mediante- a la ‘autobiografía’ de Planeta de 1981, “**Entre el Cielo y el Infierno**”, aquella obra maestra que parecía escrita por Camilo José Cela del mismo modo en que se ha sabido que es Boris Izaguirre quien ha escrito las ‘memorias’ de Belén Esteban. Ahí tendrán un chute de ego, megalomanía, hipérbole y frases memorables para cultivar el mito excesivo de Julio.

